

Fray Ramón, Pané, autor del primer libro escrito en las Indias ()*

Las deslumbrantes nuevas propaladas por Colón al regreso del primer viaje inflamaron la imaginación de los habitantes del Viejo Mundo. Tras el triunfal recibimiento que los Reyes le dispensaron en Barcelona, inmediatamente comenzaron los preparativos de una poderosa expedición de más de mil doscientos hombres y diez y siete navíos para zarpar rumbo a la recién descubierta Tierra de Promisión. Se enrola de nuevo el piloto Juan de la Cosa, cuya mirada escrutadora habrá de trazar los todavía imprecisos contornos de las costas caribeñas sobre el primer mapa importante del Nuevo Mundo. Se incorpora en calidad de físico de la armada el Dr. Diego Alvarez Chanca, quien anotará, en memorable carta al Cabildo de Sevilla, sus perspicaces observaciones sobre la naturaleza de las islas y las costumbres de sus habitantes. Se une al visionario almirante su joven compatriota Michele de Cuneo, cuya carta a Girolamo Annari de Savona es uno de los testimonios más desenfadados y alegres de lo ocurrido en ese segundo viaje. Y embarca también una abigarrada muchedumbre de artesanos y labradores, marineros y soldados, caballeros, funcionarios y sacerdotes. Con aquel extraño contingente sube a bordo de una de las naves un humilde ermitaño de quien, hasta hace poco no sabíamos a ciencia cierta ni siquiera su verdadero nombre: ¿Román o Ramón? ¿Pan, Pane o tal vez Pané?

Hoy sabemos que este oscuro acompañante de Colón se llamó Ramón Pané, que era catalán de nación, y desembarcó en la Española

* El presente estudio forma parte de un libro, de próxima terminación, sobre los inicios de la narrativa hispanoamericana.

el dos de enero de 1494. Y que fue el propio Almirante, impulsado por incipientes inquietudes renacentistas, quien le encomendó que fuera a vivir entre los naturales de la isla, aprendiera la lengua de ellos e indagara sus creencias y sus ritos¹.

La tarea no fue fácil. Fray Ramón vivió primero en la provincia de Macorix, donde se hablaba una lengua distinta de la general. En la primavera de 1495 pasó al cacicazgo de Guarionex, acompañado de un fiel converso que sabía ambas lenguas y le sirvió de traductor y maestro. Con su ayuda, y lo que iba aprendiendo de la lengua taína, logró averiguar los informes que pedía el Almirante. Y a medida que los iba obteniendo los anotó, de la manera que mejor pudo, en el escaso material de escritura que tenía a su disposición.

Pané entregó el manuscrito a Colón hacia 1498. Este lo llevó a España, y en España lo vieron y aprovecharon Pedro Mártir de Anglería y fray Bartolomé de Las Casas. Pasó luego a manos de su hijo Fernando, quien lo incluyó en la biografía de su padre. Y se publicó junto con dicha obra, en traducción italiana, en 1571. Después no ha vuelto a saberse más del manuscrito de Pané ni de los originales de Fernando.

Las extrañas circunstancias en que desaparecieron dichos documentos han hecho que los relatos recogidos por Pané se viesen envueltos en la espesa penumbra de cuestiones colombinas que parecían no tener fin. Para mayor mal, la traducción, muy defectuosa de por sí, circuló después en ediciones aún más estragadas y maltrechas. Y a tanto llegaron la incuria y el desdén en torno a la singular relación que hasta llegó a dudarse de su autenticidad.

Ha sido sólo en años recientes que se ha logrado restablecer el texto, descifrar su sentido y reintegrarle su verdadera importancia. Puesto que las vicisitudes que ocasionaron aquellos trastornos han sido expuestas en otro lugar², baste aquí con afirmar que Fray Ramón cumplió a cabalidad el mandato del Almirante. La *Relación acerca de las antigüedades de los indios* amplía considerablemente un espacio mítico apenas vislumbrado por Colón. Constituye el único testimonio directo que nos queda de lo que creyeron y soñaron los antiguos moradores de las Antillas. Es el primer estudio etnográfico de una cultura amerindia. Y tenida en cuenta la fecha de composición, resulta el

¹ Sobre estos pormenores, y los hallazgos que expondré más adelante, véase el «Estudio preliminar» a Fray Ramón Pané, *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, nueva versión con notas, mapa y apéndices, por José Juan Arrom, México, Siglo XXI editores, 1974. Todas las citas se harán del texto de esta traducción.

² Se hallarán en el «Estudio preliminar» a mi edición de Hernán Pérez de Oliva, *Historia de la inuención de las Yndias*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1965.

primer libro escrito en un idioma europeo en el Nuevo Mundo. En cuanto a su veracidad, la comparación de sus informes con los de otras mitologías indígenas posteriormente estudiadas han demostrado irrecusablemente que son fidedignos³. De obscuro e inconfiable acompañante de Colón, Pané ha pasado a ser el fundador de una tradición mitográfica que se extiende luego a todo el continente y llega hasta nuestros días.

El proceso de fijación del texto ha sido, desde luego, lento y fatigoso. Perdido el original en español, obligadamente hemos tenido que recurrir a la traducción italiana. Y ésta, en verdad, deja mucho que desear. La causa principal de las fallas de la traducción es que el autor, Alfonso de Ulloa, la había dejado en forma de apresurado borrador al morir, en 1570, en una cárcel veneciana⁴. En la versión publicada póstumamente quedaban oraciones por ajustar, faltaban palabras y hasta frases enteras, padecía de violentas italianizaciones de nombres de lugares, personas, seres míticos y aun de cosas. Y los términos indígenas, trasladados con gran descuido, a menudo habían perdido algunas letras o éstas habían sido leídas incorrectamente. En esos términos indígenas, sobre todo en los nombres de los dioses, se encuentra la clave del mensaje, pues son precisamente esos términos los que declaran la naturaleza, las funciones y los atributos que individualizaban a aquellos seres dentro del complejo panteón taíno. Fue necesario no sólo confrontarlos con las variantes que aparecían en las notas que del manuscrito de Pané habían hecho Las Casas y Anglería, sino reconstruir, hasta donde ha sido posible, aquel idioma hoy desaparecido, para intentar el análisis estructural de los referidos términos y proceder al desciframiento de su recóndito sentido. Pero la obra ameritaba el esfuerzo, y el esfuerzo logró sus fines.

Así recobrado y retraducido el texto, leamos algunos párrafos de la *Relación*. Y escojamos aquellos en que el ermitaño nos cuenta cómo fue hecho el mar y las arcanas aventuras que tuvieron los cuatro hermanos que participaron en su creación. Pues aquel sencillo relato habrá de servirnos para formular los mitos de origen del pueblo, hospitalario y sonriente, que nos precedió en las islas y que, en cierto modo, todavía llevamos dentro. Pané los refiere de esta manera:

³ Estas comprobaciones se encuentran en las notas de mi libro *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, México, Siglo XXI editores, 1975, y en los minuciosos trabajos de Mercedes López Baralt, *El mito taíno: raíz y proyecciones en la Amazonía continental*, Río Piedras, P. R., Ediciones Huracán, 1976, y de Ricardo E. Alegria, *Apuntes en torno a la mitología de los indios taínos de las Antillas Mayores y sus orígenes suramericanos*, San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1978.

⁴ El descubrimiento de esta información sobre Ulloa se debe al destacado investigador mexicano Othón Arróniz. Vid. «Alfonso de Ulloa, servidor de don Juan Hurtado de Mendoza», *Bulletin Hispanique*, LXX, 1968, núms. 3-4, 437-457.

CAPITULO IX

Cómo dicen que fue hecho el mar

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben el nombre; y su hijo se llamaba Yayael, que quiere decir hijo de Yaya. El cual Yayael, queriendo matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo desterrado cuatro meses; y después su padre lo mató, y puso los huesos en una calabaza. Sucedió que un día, con deseo de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer: «Quiero ver a nuestro hijo Yayael». Y ella se alegró y bajando la calabaza, la volcó para ver los huesos de su hijo. De la cual salieron muchos peces grandes y chicos. De donde, viendo que aquellos huesos se habían transformado en peces, resolvieron comerlos.

Dicen, pues, que un día, habiendo ido Yaya a sus conucos, que quiere decir posesiones, que eran de su herencia, llegaron cuatro hijos de una mujer, que se llamaba Itiba Cahubaba, todos de un vientre y gemelos; la cual mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron fuera los cuatro dichos hijos, y el primero que sacaron era caracaracol, que quiere decir sarnoso, el cual caracaracol tuvo por nombre [Deminán]; los otros no tenían nombre.

CAPITULO X

Cómo los cuatro hijos gemelos de Itiba Cahubaba, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había transformado en peces, y ninguno se atrevió a cogerla, excepto Deminán Caracaracol, que la descolgó, y todos se hartaron de peces.

Y mientras comían, sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fue tanta el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra, y con ella salieron muchos peces; y de aquí dicen que haya tenido origen el mar. Partieron después éstos de allí, y encontraron un hombre, llamado Conel, el cual era mudo.

CAPITULO XI

De las cosas que pasaron los cuatro hermanos cuando iban huyendo de Yaya.

Estos, tan pronto como llegaron a la puerta de Bayamanaco, y notaron que llevaba cazabe, dijeron: «Ahiacabo guárocoel», que quiere

decir: «Conozcamos a este nuestro abuelo». Del mismo modo Deminán Caracaracol, viendo delante de sí a sus hermanos, entró para ver si podía conseguir algún cazabe, el cual cazabe es el pan que se come en el país. Caracaracol, entrado en casa de Bayamanaco, le pidió cazabe, que es el pan susodicho. Y éste se puso la mano en la nariz, y le tiró un guanguayo a la espalda; el cual guanguayo estaba lleno de cohoba, que había hecho hacer aquel día; la cual cohoba es un cierto polvo que ellos toman a veces para purgarse y para otros efectos que después se dirán. Esta la toman con una caña de medio brazo de largo, y ponen un extremo en la nariz y el otro en el polvo; así lo aspiran por la nariz y esto les hace purgar grandemente. Y así les dio por pan aquel guanguayo, en vez del pan que hacía; y se fue muy indignado porque se lo pedían... Caracaracol, después de esto, volvió junto a sus hermanos, y les contó lo que le había sucedido con Bayamanacoel, y del golpe que le había dado con el guanguayo en la espalda, y que le dolía fuertemente. Entonces sus hermanos le miraron la espalda, y vieron que la tenía muy hinchada; y creció tanto aquella hinchazón, que estuvo a punto de morir. Entonces procuraron cortarla, y no pudieron; y tomando un hacha de piedra se la abrieron, y salió una tortuga viva, hembra; y así se fabricaron su casa y criaron la tortuga...⁵

A la luz de las investigaciones arriba expuestas, ahora sabemos que Yaya equivale a Espíritu Supremo o Sumo Espíritu. La insurgencia de su hijo Yayael es la consabida rebelión, frecuente en otras mitologías, del príncipe joven contra el rey viejo⁶. Los cósmicos conucos son la ancha faz del universo en los primeros días de la creación. Los que nacen de la roturada entraña de Itiba Cahubaba, la Madre Tierra, son los cuatro dioses —siempre cuatro en las principales teogonías amerindias— que habrán de ser los creadores y civilizadores del género humano. Lo que Deminán deseaba obtener del Dios Anciano no es solamente cazabe. Lo que este Prometeo americano roba a su iracundo abuelo es el fuego, elemento primordial para el progreso de las sociedades humanas. Y es mediante la divina donación del fuego que Deminán hizo al pueblo taíno que éste pudo talar y quemar parcelas de bosque y preparar su conucos, y luego cocer la rallada masa de la yuca con la cual manufacturaba las tortas de su pan cotidiano, su cazabe de cada día. La «tortuga viva, hembra», prodigiosamente engen-

⁵ Pané, *op. cit.*, pp. 28-31.

⁶ La extensa difusión de este mito ha sido estudiada por James Frazer en su obra *The Golden Bough*. Agreguemos que la misma rebelión reaparece en las letras hispánicas en *La vida es sueño*, de Calderón, y en la del príncipe Viracocha contra el Inca Llorá Sangre, que Garcilaso narra en sus *Comentarios reales*. De ese relato nos ocuparemos con mayor detenimiento en próximo trabajo.

drada sin intervención del hombre, es la madre del género humano, la Eva antillana, progenitora del pueblo taíno. En fin, cuando concluidas las insólitas hazañas de los Cuatro Hermanos «se fabricaron su casa», lo que hacen es cruzar del estadio de cazadores y recolectores, de azarosa vida errante, a otra etapa más desarrollada y compleja, constituidos ya en sociedad sedentaria, agricultora y ceramista, con edificios estables y una vida más organizada y segura.

El escueto develamiento del sentido de estos mitos nos revela que son, en efecto, narraciones ficcionalizadas que ocurren en un tiempo y un espacio totalmente imaginarios. Y que, como todo relato mítico, contiene un ulterior propósito. Ese ulterior propósito es, en este caso, el rescate imaginativo de lejanos sucesos históricos, perdidos en la penumbra de tiempos muy remotos: migraciones, poblamientos, domesticación de plantas útiles, descubrimiento de procesos para la manufactura y conservación de productos alimenticios. Y si nos detuviésemos a transcribir y desglosar otros fragmentos de la *Relación*, constataríamos cómo aprovecharon esas otras unidades míticas —mitologemas— para sacralizar la aparición del hombre en las islas, resolver la oposición entre hombre y mujer, reiterar la unidad vital del ser humano con la flora y la fauna en su interdependencia ecológica, y transmitir sus creencias sobre la vida y la muerte. También, cómo se valieron de los episodios en torno al rapto de las primeras taínas para codificar sus reglas higiénicas, sus normas sociales y los principios éticos de su conducta⁷.

Interesa recordar, por otra parte, que el recobrado texto de la *Relación* es un compendio, redactado en español, de lo que Pané escuchó de sus informantes en lengua taína. En ese trasiego necesariamente se ha de haber desvanecido algo de las esencias y la prístina belleza del relato aborígen (ab-origen): las convenciones de su sistema de metáforas, o la estructura y ritmo de una lengua totalmente distinta de la nuestra. Lo que nos queda son los rescoldos verbales de cantos, himnos y leyendas épicas; es decir, algo de la letra de sus más solemnes areítos. Pese a todo, aún nos es dable reconocer que se trata de fascinantes ficciones, y que en ellas se han resuelto las aparentes contradicciones entre el pensamiento lógico y el pensamiento mágico, el lenguaje comunicativo y el lenguaje expresivo, la realidad vista y la realidad imaginada. Y si nos tomásemos la libertad de separar las oraciones de cada párrafo, situándolas a manera de versículos bíblicos, todavía se trasluciría, a través de la opacidad de la traducción, el carácter sacralizado y el contorno épico de su forma narrativa.

⁷ Sobre estos mitos, y sus relaciones con el pensamiento y las artes del pueblo taíno, véase la citada *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*.

Su forma narrativa tiene, además, algo de vislumbre anticipatorio. Colón había empleado, al situar sus relatos en los confusos confines entre la historia y la ficción, el modelo del diario y de la carta. Pané escoge, acaso inocentemente, el de la relación. El término *relación* tiene, entre otros sentidos, el de «acción y efecto de reerir» y, como documento de carácter forense, el de «informe que un auxiliar hace de lo substancial de un proceso o de alguna incidencia en él ante un tribunal o juez»⁸. Sin entrar en otras precisiones, basten éstas para subrayar que Pané refiere el resultado de sus averiguaciones y lo entrega al Almirante en calidad de subalterno. Esta fórmula legalista le permite valerse de un «yo» narrativo que ha de reaparecer en el *Lazarillo de Tormes* y su extensa progenie de pícaros. Pané comienza: «Yo, fray Ramón, pobre ermitaño de la Orden de San Jerónimo, por mandato del ilustre señor Almirante y virrey y gobernador de las islas y tierra firme de las Indias, escribo lo que he podido saber y entender de las creencias e idolatrías de los indios, y de cómo veneran a sus dioses. De lo cual ahora trataré en la presente relación.» Y Lázaro empieza: «Pues sepa vuestra merced antodas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y Antoña Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca.» La misma fórmula ha dejado huellas, igualmente perdurables y profundas, en lo que se escribía a esta banda del Atlántico en los siglos coloniales. Ejemplos señeros son las *Cartas de Hernán Cortés al Emperador* y el festivo informe titulado *El lazarillo de ciegos caminantes... por don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo*⁹.

Interesa también recordar que por la brecha abierta por Pané siguieron después las apasionantes pesquisas de Bernardino de Sahagún y los informes de cronistas como Durán, Cieza de León, Acosta, Murúa y el Inca Garcilaso. Y que avanzando por esos rumbos se ha llegado al hallazgo y valoración de otras obras maestras de la imaginación amerindia. Sirva de ejemplo el *Popol Vuh*, majestuoso libro sacro de los mayas, y antecesor preclaro de las *Leyendas de Guatemala* y *Hombres de maíz*, de Miguel Angel Asturias. Tales pesquisas y hallazgos constituyen una vigorosa raíz nutricia no sólo de la narrativa sino también de la poesía, el teatro y aun del pensamiento político y religioso de extensas regiones del hemisferio¹⁰.

⁸ DRAE, s. v., acepciones 1.^a y 5.^a

⁹ Roberto González Echevarría ha señalado otras posibles relaciones con las letras hispánicas en un sugerente trabajo sobre Pané recogido en su libro *Relecturas: estudios de literatura cubana*, Caracas, Monte Avila editores, 1976, pp. 17-31.

¹⁰ Ultimamente han cobrado singular importancia los estudios sobre las mitologías indígenas y su vigencia en las letras hispanoamericanas, especialmente en las obras de autores como Carpentier y Lezama Lima, Asturias y Fuentes, Arguedas y Aguilera Malta. Con respecto a la sobrevivencia de algunos de los

Creo asimismo pertinente exponer que el recobrado texto de la *Relación* ha servido de clave para que hayamos podido comenzar a descifrar el mensaje que el indígena caribeño fijó en el vocabulario de sus artes plásticas: de la exquisita cerámica ceremonial, las finas efigies labradas en concha o hueso, las imágenes esculpidas en piedra o madera, y los estilizados trazos de sus pinturas rupestres¹¹. Ese rico legado, que muchos veían como ingenuas expresiones de un pueblo adolescente, hoy se admiran como joyas artísticas que se inscriben, por derecho propio, en nuestro patrimonio cultural. Y no es menos importante señalar la influencia que la nueva versión del texto ha comenzado a ejercer en las letras antillanas. No se trata ya de las vagas reminiscencias míticas que trabajosamente podían rastrearse en algunas obras de Cuba, Santo Domingo y México¹². Se trata ahora de explícitos aprovechamientos de su materia narrativa. Pondré por caso dos recientes creaciones literarias dominicanas: *De donde vino la gente, novela para niños*, de Marcio Veloz Maggiolo, publicada en 1978, y *Ciclos de nuestro origen, recreación libre de mitos e historias de los taínos*, de Claudio Soriano, galardonada con el Premio Literario «Siboney» 1980. Ambas, escritas con gran vigor imaginativo y un estilo altamente poético, patentizan tanto el hondo arraigo como el perdurable interés en el tema. Son, pues, hitos de un nuevo comienzo.

En resumen, el «librillo» de Pané —así lo calificó Anglería— ha dejado de ser el preterido testimonio de un humilde misionero para convertirse en el primer capítulo de la narrativa y la poesía orales de nuestro hemisferio. Y como obra de imaginación despliega recursos y proporciona elementos que le confieren a su autor un destacado lugar entre los iniciadores de la narrativa americana.

José Juan ARROM
Yale University
New Haven, Conn.
(E. E. U. U.)

mitos recogidos por Pané en el folclor y las creencias religiosas de Cuba, puede consultarse «La Virgen del Cobre: historia, leyenda y símbolo sincrético», en mi *Certidumbre de América*, segunda edición ampliada, Madrid, Editorial Gredos, 1971, pp. 184-214.

¹¹ He reproducido muchas de esas piezas, y he comentado sus funciones ceremoniales y su sentido religioso en la citada *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*.

¹² He referido algunos de esos vestigios en «Mitos taínos en las letras de Cuba, Santo Domingo y México», en *Certidumbre de América*, ed. cit. pp. 59-76, y en «Hacia *Paradiso*: lo tradicional cubano en el mundo novelístico de José Lezama Lima», *Revista Iberoamericana*, XLI, núms. 92-93, julio-diciembre de 1975, pp. 469-477.